

JANE SMILEY
La edad dorada

TRADUCCIÓN DE CE SANTIAGO

narrativasextopiso



La edad dorada
Trilogía de los cien años
Tercer volumen
JANE SMILEY
TRADUCCIÓN DE CE SANTIAGO



sextopiso

Era viernes. Todo el mundo estaba en otra parte haciendo tareas de última hora. El muchacho alto salió de su pequeña ranchera verde, se desperezó, miró a su alrededor, se quitó las gafas de sol y echó a andar camino arriba. Al verlo por la ventana de la habitación, Minnie Frederick soltó la pila de sábanas que tenía en las manos y bajó corriendo las escaleras. Pero el muchacho no estaba en la puerta, y cuando Minnie salió al porche, tampoco lo encontró. Entró de nuevo en la casa, cruzó la cocina, salió a la escalera de atrás. Nada; solo Jesse, su sobrino, una mancha ruidosa que sembraba el campo de soja al este de la linde del naranjo de Osage. Rodeó la casa hacia el porche. El vehículo seguía allí. Se acercó y miró por la ventanilla. Había unas botas caras en la alfombrilla del asiento del copiloto, dos bolas de papel de estraza, una lata de refresco. Se quedó un buen rato junto a la ranchera verde, luego tocó el capó. Estaba caliente. Era real. No eran imaginaciones suyas, que tenía sesenta y siete años y provenía de una larga estirpe de locos por ambas partes, que estaba feliz y aliviada por haber elegido hacía mucho no procrear. ¿Qué podría hacer, pensó, que no fuese un desatino? Preparar un vaso de té con hielo y mirar a ver si su hermana, Lois, había dejado algún mantecado en el tarro de las galletas.

¿Cuándo le mencionó Lois a Charlie Wickett por primera vez? ¿En enero? Minnie no le había hecho mucho caso, porque estaba planificando su viaje a Roma en verano. Era el hijo de Tim, el nieto de Lillian y Arthur, fruto de uno de esos romances irresponsables que los directores de instituto conocen demasiado bien. El bebé había terminado en San Luis.

Tim había terminado en Vietnam, acribillado por la metralla de una granada. Charlie ahora vivía en Aspen, había dicho que le hacía mucha ilusión conocerlos a todos, que se acercaría a Denby en coche, y, en menos de una semana, se había organizado en torno a su visita una reunión familiar. Todos iban camino de la granja: Frank y Andy, Michael y Richie con sus mujeres e hijos, Janet, sola (Minnie recordaba que Janet siempre había sentido predilección por Tim), Arthur, Debbie con sus hijos (aunque Hugh, su marido, no podía ir por los exámenes). La familia llevaba sin reunirse desde la boda de Claire, en 1962. Minnie esperaba que todos guardaran las formas. Conocía a un montón de familias de granjeros que no se llevaban bien, pero no aireaban sus conflictos y, al menos en público, se comportaban. Las familias que se habían dispersado, como los Langdon, podían terminar con el aspecto y las maneras de una especie alienígena de género único. Frank y Joe no tenían nada en común (desde siempre), salvo, gracias a Frank, una granja libre de hipotecas. Frank dejaba que Joe y Jesse trabajaran la tierra como creyesen conveniente. Lillian, querida por todos, había fallecido hacía tres años y medio, y en la familia se hablaba mucho de lo mal que estaban Arthur y Debbie. Dean era muy reservado y Tina, la pequeña, se había ido a las montañas de Idaho. No iba a acudir (pero había ido a Aspen en coche, conocido a Charlie, que le había caído bien, y emitido un boletín en forma de retrato que mostraba a un muchacho guapo y sonriente. Minnie no entendía cómo Tina había logrado capturar el brillo de sus ojos). Para variar, Henry iría desde Chicago (Minnie sospechaba que en Chicago nadie sabía que se había criado en una granja). Solo Claire, que iría en coche desde Des Moines, visitaba la granja con regularidad. Eran muchos. Lois se encargó de cocinar; Jen, de las compras; Joe, de la calurosa bienvenida. Minnie había limpiado una barbaridad.

Charlie apareció al otro lado de la puerta mosquitera, cimbreiro y en buena forma. Vio a Minnie y sonrió.

—Pensaba que eras un fantasma —le dijo ella.

—Uy, perdón —dijo Charlie—. Cuando he bajado del coche y me he dado cuenta del calor que iba a hacer, he optado por pegarme mi carrera diaria cuanto antes y he dado la vuelta a la parcela. ¿Cuánto crees que es?

—Seis kilómetros y pico —dijo Minnie.

—Bueno, todavía no me he acostumbrado al calor —dijo—. Pero es bastante llana, o sea que eso lo compensa un poco.

Minnie se levantó y abrió la puerta.

—Seguro que quieres agua —dijo.

Cogió un vaso del escurrreplatos y lo sostuvo debajo del grifo. No salía demasiado marrón. Lois había comprado agua francesa con gas para el fin de semana, aunque a Minnie le sorprendió que ese tipo de cosas se pudieran comprar en Iowa. Charlie echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y dio un buen trago. Minnie no vio al Langdon que vio Frank cuando se fijó en él en una cafetería de Aspen el otoño anterior, y, supuestamente, se convenció de que el chico era una versión suya pero más joven. Tampoco lo oyó en su voz (aunque Minnie tampoco había pasado mucho tiempo con Tim). Lo que vio fue elegancia y una sonrisa presta. Los ojos de Charlie iban de acá para allá mientras bebía (no era menos observador que Frank, seguramente, pero su aspecto era el de uno de esos chicos que Minnie había conocido a lo largo de los años: chicos con padres indulgentes y de trato fácil; chicos que entendían que la redención era automática).

Sí, estaba cautivada.

—Te he preparado la cama —dijo—. Puedes subir tus cosas y descansar un rato, si te apetece. Los demás están al caer. Jen ha llevado a Guthrie y a Perky al Hy-Vee del pueblo, pero volverá enseguida. —Charlie rellenó el vaso y lo vació de un trago—. Yo soy Minnie Frederick; mi hermana, Lois, es la mujer de tu tío abuelo Joe. Dios, ¡qué viejos parecemos! Yo soy la abnegada tía de Anne y Jesse, y también la vecina cotilla, directora de instituto jubilada y árbitro de disputas.

—¿Va a hacer falta un árbitro?

—Mañana por la noche saldremos de dudas.

Charlie esbozó una sonrisa.

—Pensé en traerme a mi guardaespaldas, pero tenía que trabajar—dijo.

—¿Tu novia? —Charlie asintió—. Hemos oído hablar de ella.

—¿Sí?

—¿No sabías que te siguieron y rastrearon tu número de matrícula y que la memoria fotográfica de Frank Langdon registró cada uno de tus movimientos?

—¿Cuándo?

—El septiembre pasado. Le vendiste unas botas, además.

Charlie meneó la cabeza, pero no pareció desconcertado. Miró unos instantes las molduras del techo.

—¿Puedo ver la casa? —dijo—. A mi madre le encantaría esta casa.

—Es una casa modular, de mil novecientos dieciséis. La trajeron en tren, y mi padre, mi abuelo y mis tíos ayudaron a ensamblarla. Antes había por la zona un montón de casas aparte de la de los Langdon, se veían desde aquí, pero aquella hubo que demolerla. Teníamos un colegio con una sola aula a un paseo de aquí, pero ya no existe. En algunas partes ahora hay árboles donde antes hubo casas. —Minnie se obligó a dejar de hablar, solo añadió—: Pero echa un ojo, pregunta lo que quieras. Voy a recoger todo esto.

Charlie cruzó la puerta batiente y entró en el comedor. Minnie intentó imaginar qué pensaría de la casa. Que estaba vieja, aunque no decrépita. ¿Aparatosa? ¿Mal posada sobre la hierba alta de la llanura? Sería más apropiada, quizá, una de esas cabañas con tejado de paja. Minnie llevaba toda la vida viviendo allí, salvo los años que estuvo sacándose el título de profesora en Cedar Falls. Sus padres habían muerto allí, y no fue fácil... Su madre agonizó durante años tras el infarto, y Minnie tuvo que cuidar de ella y de Lois después de que su padre desapareciera, y luego su padre volvió, lleno de resolución beoda y dispuesto a recuperar algo que se le debía; Lois se lo encontró al pie de las escaleras del sótano, con la cabeza abierta sobre el cemento. ¿Qué

iba buscando? ¿Una botella? ¿Un tesoro? ¿Venganza? Pero cuando uno pasa todos los días en el mismo sitio, los días malos se solapaban con los buenos y una casa es una casa, sin más, no había motivo para la inquietud. Incluso la historia que Minnie se contaba a sí misma, que siempre había estado enamorada de Frank y solo de Frank, era un vestigio polvoriento ahora que lo había visto despreciar asiduamente a la preciosa Andy, ahora que se había dado cuenta de que era él y no ella el origen de lo poco que valoraba a su mujer. Si, por algún tipo de milagro, Frank se hubiese fijado en Minnie, caray, cuarenta años atrás, y se hubiese enamorado y se hubiese casado con ella y no con Andy, también la habría apreciado menos de lo que en realidad merecía. Era algo que a Frank no le salía, fuese lo que fuese.

Charlie regresó a la cocina mientras Minnie pasaba una bayeta por el fregadero.

—Buena ventilación —dijo.

Minnie se rio.

—Pues sí. Pero gracias por recordarme que tengo que cerrar las ventanas. Si mantenemos la casa cerrada durante la tarde, podemos bajar la temperatura quince grados o así. Creo que hará buena noche; en cualquier caso, en tu cuarto hay un ventilador. No tenemos aire acondicionado... Lo siento.

—Ah, no me gustan los aires acondicionados. Mi abuela lleva viviendo casi sesenta años en San Luis sin aire acondicionado. Ella es de escurrir un trapo empapado en agua fría y ponérselo en la nuca.

—Se nota que tiene iniciativa. Haz lo que te apetezca. Hay comida de sobra, como siempre. Se suponía que no llegabas hasta mañana, pero les diré a Jesse y a Jen que andarás merodeando por aquí.

Y Charlie le estrechó la mano con fuerza, la tenía caliente.

—¡Gracias! —dijo—. Gracias, Minnie. ¡Eres genial! Espero que todos los Langdon sean como tú.

El almuerzo oficial fue el domingo a las tres. Janet estaba demasiado pegada a su prima Debbie, pero al parecer Debbie no se daba cuenta.

—Pero ¿cómo va a querer volver ahora que nos ha visto asar el cerdo este? —estaba diciendo—. O sea, mira cuánto humo encima de la casa, si parece un nubarrón. Es absurdo.

Debbie estornudó. Estaban en la cocina (Janet cortando tomates en rodajas, Debbie picando apio). Por la ventana, Janet veía a toda la familia frente al cerdo chisporroteante; su padre con cara de hambre, por supuesto, y los demás con una sonrisa de expectación. Janet había pensado que la tía Lois era más de merengues y suflés.

—O sea —continuó Debbie—, me había preparado para un doble de Tim, ya me entiendes. Pero no lo veo en Charlie. Y es un alivio. —Janet, sin embargo, sí lo veía: las caderas, el pelo, el tono de voz—. Reconozco que al principio tuve miedo —dijo—, y te confieso por qué: por el regreso del chico de oro. —Meneó la cabeza—. Pero esto me viene bien. He hecho las paces con mis historias, y todo el mundo tiene que hacerlo en algún momento, ¿no?

Janet no confesó que durante las últimas semanas habían roto contra ella las olas de una esperanza irracional. Charlie sería algo así como una resurrección; ¿lo adoraría Janet, se pondría en evidencia? La veneración que de niña sentía por su primo Tim era una leyenda familiar.

—Eso espero —dijo. Charlie resultó ser él mismo, pese a su parecido con Tim. Y resultó que Janet no sintió nada por Charlie más allá de las primeras impresiones habituales—. Al menos no es un subproducto de la juventud de mi padre.

—¿El tío Frank tuvo juventud? —Las dos sonrieron—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Mi madre —dijo Janet—. Cree que es un chiste o algo así. —Debbie puso los ojos en blanco—. ¿Alguien se lo ha contado a Fiona?

Janet recordaba a Fiona como la amiga alocada e intimidante de Debbie a la que le gustaban los caballos, mucho más

lanzada que cualquiera de las Amazonas que Janet había conocido en Madeira o en Sweet Briar. Que a Fiona le interesaran los chicos, incluido Tim, y que se hubiese quedado embarazada, fue más que sorprendente.

—Yo —dijo Debbie.

—¿Cómo reaccionó?

Debbie se giró hacia Janet, cuchillo en mano.

—Dijo, y cito: «Qué interesante. Ay, cielo. Ahí viene el tren. Ya te llamo yo».

—¿Te ha llamado?

Debbie meneó la cabeza.

Se ha integrado muy bien, pensó Henry, que estaba de pie en la escalera de atrás para que la brisa le quitara de encima la peste a cerdo asado. Era extrovertido, sin duda. Charlie no se limitaba a estrecharte la mano, te daba unas palmaditas en el hombro, te miraba a los ojos. Desde su posición en el porche, un tanto elevada, Henry alcanzaba a ver la pauta: el chico iba de grupo en grupo, primero escuchaba, decía algo, de nuevo escuchaba, la cabeza ligeramente inclinada hacia delante.

—¡Ah, he oído que enseñas Literatura Medieval! La cursé dos semestres y, ya sabes, no era lo que me esperaba —dijo cuando le presentaron a Henry. ¿Y qué se había esperado?—. Bueno, ya te imaginas: el primer libro que leí fue *Camelot*. Creí que habría más hechiceros y menos monjes.

Encantador, pero no era el tipo de Henry. Si apareciera en, por ejemplo, su clase de literatura de primero, Henry lo incentivaría, lo trataría con cierta severidad, le daría a entender cada semestre que al viejo profesor Langdon no le pasaba desapercibido nada relativo a Charlie Wickett. El chico estaría quizá a la altura de las circunstancias (a veces lo estaban). Minnie se asomó a la puerta.

—¡A sus puestos! —dijo.

Todos empezaron a acercarse a la mesa.

Emily dijo que tenía que ir al baño, pero solo era para que su madre se fuera sentando y ponerse en la otra punta. La puerta del baño de abajo estaba cerrada, así que fue al de arriba, y en vez de entrar en el baño, cruzó el cuarto del bebé y salió al porche de atrás. Desde allí, alcanzaba a ver el horizonte más allá de los campos, y pudo imaginar lo que más le gustaba, que era volar. No sabía cómo había empezado aquello, quizá en sueños. Ahora los sueños y las invenciones se entremezclaban en su cabeza. Solía pensar en un mito sobre el que había leído aquel año en el colegio, en el que un padre inventaba una manera de volar (en el libro salían unas enormes alas extendidas, como las de un águila), pero fabricaba las alas con cera y cuando su hijo se acercó demasiado al sol, la cera se derritió y cayó al océano. Eli Griesom, que se sentaba detrás de ella en clase, comentó que no era posible que el hijo —se llamaba Ícaro (Eli lo pronunciaba «Aicarro») — hubiese hecho ciento cincuenta millones de kilómetros en unos diez minutos, pero a pesar de Eli, Emily lo imaginaba casi cada día, las alas aprovechando la corriente ascendente, el chico sintiendo cómo se elevaba, el calor y el resplandor a su alrededor. Una lástima, pensaba Emily, que el chico no se acordara de cómo los pájaros encogían el cuello y plegaban las alas para descender en picado (quizá estuviera tan entusiasmado que, cuando la cera empezó a derretirse y las alas se le cayeron, no se dio cuenta a tiempo). Emily apoyó las manos en el alféizar y se inclinó hacia la ventana. Pensó que el horizonte era algo hermoso.

—Ahí está —dijo Joe.

Movió la cabeza hacia las ventanas de la segunda planta.

—¡Creía que estaba en el baño! —dijo Janet.

Fue a arrastrar la silla, pero Joe dijo:

—No le va a pasar nada.

Janet levantó la vista de nuevo, se mordió el labio.

—Tío Joe —dijo—, tendría que haber hecho lo mismo que Loretta. Emily podría haberse perdido entre la multitud. Odia ser hija única.

Joe se recolocó —la cadera estaba fastidiándolo mucho últimamente—, y dijo:

—Cariño, cualquier número es mal número.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

Joe le dio a Janet unas palmaditas en la rodilla. Ella lo miró indecisa, luego observó de nuevo a Emily. Joe no recordaba haber mirado a Janet, ni siquiera de niña, y que no le hubiese parecido un rostro tras la ventana, una exiliada que contempla la calidez de dentro. Según Lois, toda la culpa era de Andy; según Minnie, toda la culpa era de Frank. Joe había dicho lo que había dicho sin querer, le había salido del alma. Pero era verdad, y no solo en lo que a herencias se refería. Él y Lois habían coincidido en que la infancia de Joe en la granja, como hermano pequeño y vapuleado de Frank, dos años mayor, había sido una pesadilla, de ahí que Joe y Lois hubieran decidido que con Annie y Jesse era suficiente; pero, como consecuencia, Annie y Jesse nunca habían tenido un momento de privacidad. La hermana de Joe, Lillian, siempre encantadora, y su adorado Arthur habían conseguido, al parecer, el equilibrio, pero Debbie, su hermana mayor, siempre escéptica, no habría estado de acuerdo. Si tu cerda paría una buena camada, te alegrabas, pero luego siempre había pequeñuelos relegados a las tetas de atrás que no tenían muchas posibilidades de salir adelante. Joe había cruzado dos veces a sus labradores. Nunca te quedas contento, le decía Lois. La plantación de maíz era demasiado grande, la plantación de maíz era demasiado pequeña. Imposible saber a qué atenerse.

En cualquier caso, el problema ahora era de Jesse. Tenía formación científica, y fiaba todos sus sueños a modelos predictivos. Cuando acudió a Frank y le pidió dinero para comprar materia prima a futuro, Frank estuvo orgulloso de él —jugando a dos bandas, buena estrategia, por qué no—, pero al tonto de Joe ni siquiera se le había ocurrido.

Aun así, a Joe lo incomodaba que Jesse hablara de «medios de crecimiento», «inversiones» y «repuntes». Se pasaba

las tardes con el ordenador, y cuando recorría los campos lo hacía con medidores de humedad del suelo y cosas así en las manos. Si quería saber qué tiempo iba a hacer, veía las noticias, no miraba al oeste, y ni en un millón de años le habría puesto nombre a una oveja o dado unas palmaditas a una vaca. En aquellos días, lo que tenías que hacer para sobrevivir era convertir las cosas en una ecuación. Con una ecuación, cualquier resultado era interesante, incluso el que te cerraba el chiringuito. Lois le puso a Joe el plato delante y le dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Kevvie? He preparado bollitos. ¿Quieres uno?

Estaban todos a la mesa, también Emily, que había rodeado la casa y exigido sentarse al lado de Andy. Andy apretó la mano de su nieta y le sirvió cerdo y ensalada de patata de su propio plato. Emily echó la cabeza hacia delante y dilató las narinas, recordándole a Andy repentinamente lo que había sucedido poco antes del amanecer. Ella y Frank estaban en el cuarto de invitados de la casa encantada en la que vivían Joe y Lois, ahora que habían dejado que Jesse, Jen y los dos chicos se quedaran con la casa grande. La habitación era perfecta para Frank (camas separadas, una fila de seis ventanas de guillotina que daban al este), y mientras se preparaban para acostarse, a Frank le dio por hablar de Charlie: no se había equivocado del todo, el chico sí que se parecía a él de espaldas; aunque cuando le compró las botas, pensó que el chico había sacado de alguna parte un don para la complacencia. Joe era complaciente, Jesse era complaciente (sonreía automáticamente cuando nombraba a Jesse, no podía resistirse). En aquel momento no pensó en Tim, pero de haberlo hecho... Andy se quedó dormida con el sonido de su voz.

Las ventanas de guillotina daban al campo del fondo, y cuando en el cercado se encendió una luz, Andy se desveló. Había un zorro: cabeza triangular, ojos oscuros, orejas puntiagudas, cola gris y tupida pero pequeña, bebiendo del cuenco de

los perros. La ventana estaba abierta; alcanzaba a oír las lengüetadas. Abrió los ojos, completamente despierta de repente. El zorro levantó la cabeza, miró a otra parte, la miró a ella. No se lo habría dicho a nadie, pero intercambió un pensamiento con el zorro antes de que se fuera al trote. Sin palabras, solo de perspectiva: el túnel a través del maíz, el canto de los grillos amplificado, el tacto costroso de la tierra bajo las zarpas.

Cuando Michael, su hermano gemelo, empezó a levantarle la voz a su primo Jesse por las ayudas a la agricultura, a Richie le hizo gracia ver que la reacción inmediata de Loretta, aunque tuviera las manos ocupadas con Binky, de seis meses, que estaba eructando o algo así, fue tirar de la mesa el botellín de cerveza de Michael, sin duda un esfuerzo por distraerlo. Richie se humedeció los labios y se llenó la boca de ensalada de patata para disimular su sonrisa. Michael y Loretta llevaban casados casi ocho años, y Loretta había informado a Richie de que distraer a Michael a veces funcionaba. La última vez que estuvo en California, el labrador se llevó sus calzoncillos sucios y Michael se lo encontró revolcándose encima en una de las cuadras. Cuando Loretta se acercó a Michael, que tenía al labrador sujeto por el collar mientras se quitaba el cinturón, le clavó en el costado la esquina de una caja que llevaba en las manos, como por accidente, y cuando Michael se apartó de un salto, obviamente gritando «¡Qué puta mierda!» o «¡Qué cojones!» o «¡Qué hostias!», el perro se zafó y se escapó. Loretta dijo que terminaron riéndose por lo de los calzoncillos. Dijo que Michael tenía mucho sentido del humor. Sí, ya, pensó Richie. También dijo —con total sinceridad, o eso le pareció a Richie— que ella y su madre estaban de acuerdo en que, si querías un hombre que fuese ardiente —y quién no—, de vez en cuando tenías que cargar con alguna quemadura.

Jesse meneaba la cabeza.

—Creo que tienes que aceptar que la agricultura no encaja tan fácilmente en el libre mercado...

—¡Gilipolleces!

—El libre mercado no controla el mal tiempo...

—Se puede dar cuenta de las circunstancias externas, y así sería si el Gobierno lo permitiera. Son las ayudas las que destruyen el mercado, ¡y las que permiten que los malos agricultores sigan con su actividad!

Jen, la afable mujer de Jesse, tenía la respiración un poco acelerada.

—¿Y a ti qué más te da? ¿Por qué te molesta tanto?

—Porque no quiero pagar impuestos para que podáis quedarnos en vuestra puta casa si no sois lo bastante competentes como para conservarla vosotros solitos.

Richie se sirvió otro trozo de cerdo, encantado de no verse envuelto en aquello, luego besó en la mejilla a su mujer, Ivy, con la que llevaba un año casado. Ivy hizo una mueca y le dio un pellizco cariñoso en la rodilla. Coincidían plenamente en que aquella reunión contaba como una de las cuatro veces al año que tenían que ver a su hermano, a Loretta y a los niños.

Richie sabía que Loretta sabía que el verdadero problema era que la amante de Michael, Lynne, le había dado la patada dos semanas atrás, y lo peor era que había sido por sorpresa (Michael creía que estaba servido hasta que apareciera alguna mejor). A Richie le parecía bastante obvio que Lynne se había liado con Michael sobre todo para hacer contactos entre sus amigos de Wall Street y ganar clientes para su empresa de reformas. Se suponía que Loretta no sabía nada de aquello, evidentemente.

Michael se tranquilizó. Desde siempre, seguramente desde que estaban en la barriga, a Michael se le había dado bien tranquilizarse, aunque a menudo su modo de proceder inicial había sido darle varios porrazos a Richie. Tosió y dijo:

—Vale. Vale. —Luego se inclinó hacia delante y le dio a Binky unos golpecitos en el pecho. La besuqueó—. ¡Eh, cucú! —Extendió los brazos y Loretta acomodó en ellos a su hija, que seguía de berrinche. Michael se levantó—: Creo que nos hace falta un paseíto.

Nada de aquello convenció a Richie de que estaría bien tener un hijo.

A Arthur, más que a Tim, Charlie le recordaba a su propio padre. No a su padre tal y como lo había conocido, sino al de las viejas fotografías en blanco y negro de finales del siglo XIX: llevaba pantalones cortos y el pelo largo, y le habían dicho que se estuviera quieto aunque fuera incapaz de estarlo del todo; la sombra de una sonrisa asomaba en torno a la boca del niño, prediciendo de un modo extraño al bullicioso Brinks Manning, que se pasó la vida no en el campo de batalla sino procurando material para el campo de batalla, no cuidando de su hijo sino asegurándose de que niñeras, profesoras y directoras amables y divertidas cuidaran de su hijo. No había nadie más útil, y en cierto sentido con mayor autoestima, que un muchacho práctico, y Charlie Wickett era un muchacho práctico que llevaba resolviendo por su cuenta este o aquel problema desde que tenía memoria. ¿Cuándo es el mejor momento para huir de casa? Cuando mamá esté duchándose. ¿Cuándo es el mejor momento para convencerlos de que te apunten al curso de submarinismo? Cuando estén hartos de ti pero no puedan resistirse a tu sonrisa. ¿Cuándo es el mejor momento para pedirle salir a una chica? Cuando crea que su nuevo corte de pelo le queda mal. ¿Cuándo es el mejor momento para decirles a tus padres que dejas San Luis para irte a Colorado? Cuando estén delirando de alivio porque has terminado la universidad y tienes trabajo, aunque sea en una empresa de rafting en plena naturaleza. ¿Cuándo es el mejor momento para tirarte de cabeza desde la lancha? En lo más alto de esa cascada que parece espectacular pero en realidad no lo es; a los clientes les entra un escalofrío de excitación y las tardes de calor refresca bastante; sobre todo es buena idea porque los guías de las demás lanchas están entrenados para gritar: «¡Eh!, ¡eh!, ¡no, por Dios!».

Charlie hacía reír a Arthur, y también le hacía dar gracias por haberse perdido aquellos primeros años. Después del

postre, Debbie se sentó al lado de Charlie, y ella y Arthur hicieron lo que quizá estaban destinados a hacer: se alternaron para contarle historias sobre su madre, Fiona: la caza del zorro, los saltos enormes que daba en las exhibiciones, de pie a lomos del caballo y al galope colina abajo... Pero también otras más tiernas: cuando Fiona le enseñó a su caballo a empujar una ruedecita con el hocico, la Pascua que Tim escondió huevos crudos por toda la casa, la banda en la que tocaba, los Colts, la vez que fue a un concesionario de coches usados con su mejor amigo y pagaron sesenta dólares por un Dodge con diez años y el motor lleno de polvo y cómo se las apañaron para empujarlo cuesta abajo desde la explanada del concesionario, aunque luego no pasó de ahí.

—Y hasta aquí las historias que conocemos —dijo Arthur—. Se les daba muy bien guardar secretos, a Tim y a Fiona.

—Tanto que no nos dimos cuenta de que tus padres se conocían —dijo Debbie.

Arthur le había dicho a Charlie que a Tim lo mataron en Vietnam, pero no le había dado detalles, y que la madre de Tim, Lillian, adorada por todos (Debbie asintió), había muerto de un tumor cerebral metastásico —«Te habría querido muchísimo»—, pero tampoco le dio más detalles. ¿A qué se dedicaba Arthur antes de jubilarse?, quiso saber Charlie. Debbie apartó la mirada; Arthur dijo que trabajaba para el Gobierno federal y dio un manotazo al aire, como si se refiriera al Departamento de Agricultura, obviamente sin dar detalles relativos a lo que había hecho en realidad, ni sobre la agencia para la que había trabajado. Los tres estuvieron de acuerdo en que Arthur y Debbie tenían que conocer a los Wickett.

Frank lo había hecho lo mejor posible. No se había mostrado impaciente, cortante, brusco. Había evitado los movimientos de irritación con el pie por debajo de la mesa. Había hablado cuando le habían hablado, sonreído cuando tenía que sonreír, montado a su nieto Chance a caballito en la rodilla. Cuando

por fin se fue, lo hizo con tacto y asintiendo con simpatía, sin decir, sin dar a entender siquiera, que estaba volviéndose loco con tanto vocerío. Se marchó como si tal cosa, como admirando la rectitud de las hileras de Jesse en el campo de soja. Se metió las manos en los bolsillos y miró al oeste y al norte, fingiendo interés por el tiempo. Doce horas más y podría irse, tanto si los demás se iban con él como si no. Sí, estaba demasiado viejo como para que sus orígenes le parecieran exasperantes. Sí, estaba demasiado mayor como para que le afectara que Jesse apenas le dirigiese la palabra. ¿Cuántas cartas le había escrito a Jesse? Más que a nadie que hubiese conocido en su vida, eso seguro. Caminando entre los parterres de lilas, acordándose de cuando su madre, Rosanna, cogía flores (habían crecido tanto que ahora no podría alcanzarlas), respiró hondo y a conciencia varias veces, apretó y relajó los puños, dio media vuelta por fin y miró a todos. Era más fácil de soportar si no los oía. Importaba menos que Andy tuviese la mirada perdida en los árboles, que Emily estuviese dando saltos, que Janet no dejara de retorcerse las manos sin saberlo, que Richie tuviera prácticamente atrapada a Ivy con su abrazo de oso, que Michael estuviese alardeando de músculos. Charlie era el premio, pero era el premio de Arthur. Charlie era incansable (en corrillo con Arthur y Debbie, asintiendo y riendo, luego daba brincos en su silla). La persona que Frank vio en él ya no estaba ahí, no era Tim, ni un Langdon: era Arthur, el único ser humano con auténtico carisma que Frank había conocido en su vida, el único capaz de empujarte a hacer cualquier locura que quisiera que hicieras, no porque tuviese un argumento de peso o porque te hubiese hecho una oferta imposible de rechazar, sino porque te sumergía en una historia, te colmaba de placer, te retaba a que lo hicieras. Frank vio a Charlie preguntarle algo a Jesse, y vio que Jesse se inclinaba hacia delante con la intención de responderle concienzudamente. «En fin, la flor y nata. Te pongas como te pongas», habría dicho su madre.

Charlie sabía que la autopista 61 en la que estaba no era a la que Bob Dylan se refería en la canción, pero se alegraba de estar allí (estaba más detenida en el tiempo que la 70, la 80 o la 90). Ya había pasado Keokuk, cruzado un puente diminuto por encima del río Des Moines, pagado los diez centavos de peaje. Iowa lograba que Misuri pareciera un lugar extraño. Al norte de la frontera, los pueblos eran llanos, tenían calles anchas, elevadores de grano y escaparates sin pretensiones. Las casas y los graneros estaban cerca de la carretera y los campos estaban plantados con esmero de maíz y soja. Al sur de la frontera, el paisaje era más montañoso y las casas, con sus porches e incluso alguna que otra columna, tenían largos caminos de acceso. Recordaba de la universidad que Misuri había sido en su día un gran productor de cáñamo. Charlie estaba a favor del cáñamo, pero Riley, su novia de Aspen, estaba dispuesta a vestir de cáñamo, vivir entre paredes de cáñamo, saltar la cebolla en aceite de cáñamo, desayunar semillas de cáñamo, escribir en papel de cáñamo, lavarse con champú de cáñamo, hacer rapel con cáñamo (Charlie prefería el nailon) y luego compostar los desechos para cultivar más cáñamo.

Cuando llegó a Hannibal, salió de la autopista y entró en el pueblo; ¿por qué no abandonaste esta aldea ruinosa pero autocomplaciente a los dieciocho, como había hecho Mark Twain, para dirigirte al sur, al oeste, al este, adonde hubieses tenido posibilidad? Paró en la calle Tercera y entró en una cafetería a tomarse una Coca-Cola, pero el humo de los cigarrillos estuvo a punto de echarlo para atrás. En la granja de los Langdon, Michael fue el único que fumó, y lo hizo en las escaleras de detrás, al lado de un cuenco con arena para apagar y enterrar las colillas. Pensar en Michael lo hizo reír. Se comportaba como si echar pulsos fuese una broma, al menos al principio («¡Ah, se te está poniendo la cara roja! ¡Ah, tienes los ojos en blanco! Vale, ¡ahora sí que voy a esforzarme!», riendo, sacando la lengua). Pero Charlie notaba en el brazo y en el hombro y por cómo lo sujetaba que Michael estaba esforzándose más de lo que fingía; en la tercera ronda, sintió el

arrebato de furia con que Michael mantuvo el brazo firme justo cuando Charlie pensaba que iba a ganarle. A Charlie se le pasó por la cabeza que podría llevarse un puñetazo en la cara, pero Michael sonrió de repente y se retiró. Más tarde, la otra mujer, la mujer del gemelo de Michael, se le acercó para disculparse. Su madre habría dicho que Michael era un matón, cierto, pero Charlie tenía experiencia de sobra con los matones: echabas más cuerpo que ellos; te apartabas o los reducías de la manera más inesperada, como aquella vez en séptimo, antes de que hubiese echado más cuerpo que cualquiera, cuando se dio cuenta de que su torturador habitual, Bobby Rombauer, acababa de ponerse aparato; cuando Bobby lo cogió del hombro aquel día, Charlie se giró en redondo y le dio un guantazo con la mano abierta en toda la boca. Auch. Bobby no volvió a tocarlo.

Al sur de Hannibal, la autopista giraba hacia el interior, a través de algunas zonas en las que a Charlie le apetecía parar y bajar del coche y correr dos o tres kilómetros, pero sabía que su madre estaba esperándolo para cenar, y la cena era a las seis (podría hacer tres kilómetros antes de que el sol se pusiera a las ocho, y, además, quizá para entonces la humedad no sería tan horrible). Su madre le había mostrado su mejor cara desde que había surgido todo el asunto de la reunión. Sus padres siempre habían sido claros con respecto a su adopción. Él era rubio, ellos morenos; él era alto, ellos bajitos; él era un rebelde, a ellos les gustaban las normas y el catecismo y la confesión y la rutina. Su madre no dijo lo que Charlie sabía que estaba pensando: «Vas a hacer lo que te dé la gana igualmente», sino que se limitó a decir: «Seguro que es interesante. ¡Diviértete!».

Quien mejor le caía seguía siendo Tina, que se había pasado por la tienda en abril. Era callada y de trato fácil; cuando los llevó a él y a Riley a comer, no dejó de mirarlo todo, y no solo las montañas y las nubes, algo que miraba todo el mundo, sino también las telarañas y las molduras y los gatos callejeros medio escondidos. Era observadora, y cuando le dio a Charlie su número de teléfono y lo invitó sinceramente a que fuese a

visitarla a Sun Valley, había bosquejado su cara en la tarjeta, un retrato que Riley todavía guardaba en la cartera.

Hacía sol y cada vez más calor; entró en el rango de frecuencia de la KSHE y encendió la radio. Una de los Guns N' Roses lo llevó en volandas al otro lado del río Misuri, un curso de agua precioso y evocador, en opinión de Charlie, el verdadero caudal del río. El puente era alto, y lo condujo desde los peñascales de la orilla norte hasta las llanuras de la orilla sur. La luz de la tarde centelleaba sobre el agua opaca en rayos cada vez más largos. Se preguntó si volvería a ver a su abuelo Arthur. Era raro conocer a unos extraños que eran familia tuya, parecerte a ellos, verte en ellos, y aun así albergar por ellos sentimientos azarosos y nuevos, no unos condicionados. Y ahí estaba —aquel era el pensamiento más raro—, vivo, cruzando Chesterfield a toda velocidad, consciente de que en dos semanas, cuando cumpliera veintidós, habría vivido más años que su padre.

Ivy estaba en la ducha, y Richie estaba entretenido con la primera página del *Times* cuando oyó el crujido delator del quinto peldaño del tercer tramo de escaleras —su tramo de escaleras—, lo que significaba que alguien estaba subiendo, y en efecto, era Michael, porque Loretta y los niños habían vuelto a California; sin ellos, Michael madrugaba. ¿Para qué dormir si podías coger la moto, cruzar el puente de Brooklyn como una exhalación, aterrorizar a toda la avenida Flatbush y luego pillar algo de comer? Richie no había oído la moto, pero la avenida Octava quedaba lejos de la ventana del piso, que daba al patio diminuto de detrás del edificio. Siempre atraído por las historias de desastres, Richie acababa de terminar de leer el artículo sobre los vientos de ciento setenta kilómetros por hora, los torbellinos y los kilómetros cuadrados de árboles caídos en el sureste de Londres (¿no sabían lo que era un tornado?). La fotografía que lo acompañaba era de un ferry varado. El locutor de una radio británica se había referido a la tormenta

como «Huracán Ethelred», pero hasta el momento solo había habido trece muertos.* Michael giró el pomo como si tuviese derecho a entrar y Richie se levantó de la mesa. De camino a la puerta, cogió la cafetera. Igual quedaba una taza.

Richie estaba al tanto del desplome de la bolsa, como todo el mundo. No tenía nada que decir al respecto. Confió en que se le olvidaría cuando Michael empezara a farfullar. Abrió la puerta.

—Joder —dijo Michael.

Richie no sabía si lo había dicho en el buen sentido o en el malo. Se apartó y Michael entró a zancadas.

—Cuánto tiempo sin verte —dijo Richie.

—Joder, soy rico. Que soy rico, joder —dijo Michael.

—Parece que eres el único —dijo Richie.

—Eso me da igual —dijo Michael—. Si hubieses visto a los tipos esos ayer, ahí plantados con la boca abierta... ¿Cómo dice el tío Joe? ¡Papando moscas! ¿Tienes café? —Cogió una taza del mueble y vació la cafetera, luego retiró una silla y se sentó—. ¿Qué dicen en el puto *New York Times*?

—Todavía no he llegado a la sección de economía.

Michael empezó a hojear el periódico hasta que encontró el artículo que estaba buscando.

—¡Joder! —gritó—. ¡Trescientos treinta y ocho millones de acciones! ¡Ja!

Engulló el café como si no fuese consciente de que estaba caliente y se recostó en la silla. Rozó la ventana con la cabeza. Si perdiera el equilibrio, pensó Richie, se desnucaría contra el alféizar sin duda, quizá incluso rompería el cristal y se abriría una brecha.

—¡Cien puntos! Ciento ocho, en realidad. ¿Sabes cuántos puntos cayó el Dow en el veintinueve? Treinta y ocho. Hay cantidad de tíos completamente jodidos.

* Por Ethelred I de Inglaterra (c. 968-1016), que, en la conocida como «matanza de San Brício», masacró a todos los vikingos de Inglaterra. [Todas las notas son del traductor]

—Pero tú no.

—No, joder.

Debería aprovechar para ponerse una camiseta: «No, joder», «Sí, joder», «Jodido», «Jodienda», «Que me jodan», «Que os jodan». No hablaba así delante de Loretta y los niños.

—Tienes un plan —dijo Richie, y se levantó para poner pan en la tostadora.

—Fui a por la delta.

—¿Eso qué es?

—Básicamente, que apuestas a dos bandas, a que sube y a que baja. Si el mercado se estanca y empieza a lloriquear y se mea encima sin moverse del sitio, estoy...

—Jodido —dijo Richie.

—Pues sí —dijo Michael—. Pero si sube o si cae a tope, yo gano a tope.

Mientras Michael hablaba, Richie casi podía ver las arterias carótidas de su hermano bombeando testosterona.

—¿Qué vas a hacer para asegurarte de que se dé una de las dos opciones?

Era una broma, pero Michael dijo:

—No lo sé todavía, pero tengo hasta el lunes para resolverlo.

Ahora todo el mundo tenía un sistema. Incluso su padre tenía un sistema, uno que un tipo le explicó en Aspen, hacía un año. Frank no hacía uso del sistema, pero al parecer su madre sí, a su manera, que consistía en levantarse por la mañana y decir: «Creo que IBM va a tener un día así así», y luego Andy compraba, y luego, por lo visto, IBM subía y su padre decía: «Al final va a resultar que es un genio».

Obviamente, Richie también habría tenido algo que decir sobre el desplome (al congresista Scheuer se le exigiría que hiciera una declaración sobre la volatilidad y la regulación y por qué nuestra nación tendría que endeudarse con los ricos), pero cabía la posibilidad de un efecto rebote en el mercado, y aquellos comentarios podrían acabar en un cajón antes de que fuesen necesarios. Richie oyó que la puerta de la

habitación se abrió y entró Ivy. Cuando vio a Michael, abrió la boca, sacó la lengua y puso los ojos en blanco, pero luego se rio y le dio un beso en la mejilla. Le había dicho a Richie una y otra vez que quería ver a Michael y a Loretta lo menos posible, pero al final siempre se salían con la suya.

—¿Quieres jamón? Tengo peras recién compradas —dijo.

—¿Hay huevos? —dijo Michael.

—Los desayunos gratis no existen.

Michael no dijo nada. Ivy sacó la sartén, abrió la puerta de la nevera. Más tarde, Richie lo sabía, Ivy diría que la actitud de Michael era una especie de actuación, cháchara de rubiales. Una parte de él era agresiva y desconsiderada, eso seguro, pero era bueno con Loretta, y con sus hijos era mejor de lo que, sin ir más lejos, su padre había sido con ellos. Michael era una persona complicada, eso era indiscutible. Ivy espolvoreó chile molido y comino; sabía cómo le gustaban. Richie le había contado lo de la chica de Cornell, Alicia. Le había contado lo que recordaba de su segundo año en la universidad: que Michael la agredió; que él, Richie, intentó parar las cosas y que Alicia le clavó a Michael las tijeras que llevaba en el bolso y huyó. También le había contado lo que Michael le había dicho cuando Richie cambió Cornell por Rutgers, que Alicia le dijo a todo el mundo que la habían agredido los dos. Eran niños, Michael tenía mal genio, la cosa se descontrolló; y, de todas formas, ¿qué pretendía la chica enfrentándolos al uno con el otro? Richie posibilitó que Ivy le concediera a Michael el beneficio de la duda, porque ¿no era acaso lo que quería para sí?

—¿Crees que la informatización del mercado es un problema? —dijo Ivy.

—Qué va —dijo Michael—. Los ordenadores funcionan perfectamente. O sea, el verdadero problema son las personas, no los ordenadores. Cuesta seguirles el ritmo, y te agotas. Me alegro de que la puta jornada sea de seis horas, no de ocho. Debería ser de cuatro, en mi opinión, pero no se les ha ocurrido. O sea, esto lo veíamos venir. Sabíamos que ese volumen iba a

estallar, y se han pasado años preparándose, así que... —Se encogió de hombros—. Igual el lunes las cosas ya se han calmado, pero si eso pasa, estoy jodido.

Ivy miró a Richie un instante. Richie enarcó las cejas, la señal para «luego te desenmaraño este enredo». Ivy le puso a Michael el plato de huevos delante y le dio un tenedor, una servilleta.

—¿Todavía no estás embarazada? —dijo Michael.

—¿A ti qué te importa?

—A mí nada, me ha preguntado Loretta.

Tardaron demasiado en responder. Solo hacía un día que sabían que a Ivy no le había venido la regla. Llevaba cinco días de retraso.

—Déjame intentarlo a mí —dijo Michael—. Mi registro es perfecto. —Ivy sonrió, pensando que estaba de broma—. O sea, a modo de experimento. Si no te preño, el problema es tuyo, no de Richard. Blanco y en botella. Os ahorraréis un montón de gastos médicos y, si funciona, el resultado es prácticamente el mismo.

Volvió a recostarse en la silla, luego hizo un ruido tremendo al arrastrarla. Le dio un codazo al cristal y Richie pensó: por la ventana, tres pisos, cuatro si cae por el hueco de las escaleras del sótano.

Ivy frunció el ceño y Michael se dio cuenta.

—¿Qué? —dijo, como si su perplejidad fuese sincera—. Vale, lo he dicho por decir. No te he violado ni he ido de espaldas a Richie. Ni siquiera era una propuesta seria. Solo he dejado caer una idea. Yo no estoy cegado por las convenciones sociales. Yo veo soluciones, ¿entendéis? Lo llaman pensar sin restricciones.

—O estar de coña —dijo Ivy.

—Vale, era coña. Sé que os fuisteis en mitad de *Superdetective en Hollywood 2* porque os pareció insoportable.

—Me gusta Eddy Murphy —dijo Richie.

Pero sonó muy relamido, y no miró a Michael a los ojos, y supo que Michael lo había machacado una vez más.

1988

A Henry la Universidad de Chicago le hacía tanta gracia como un monumento a la riqueza. No iba muy a menudo; sin embargo, disfrutaba en la biblioteca, y el falso ambiente gótico no era un impedimento, al contrario: las ventanas ojivales de plomo se alzaban hasta las bóvedas en abanico del techo, y en aquella época del año hacía menos frío que en cualquier catedral del mundo. Estaba a una hora escasa en coche desde su apartamento en Lake Shore si iba a media mañana y volvía después de la hora punta. Aquel año las nevadas no estaban siendo tan serias, y se había acostumbrado al viento. Con el añadido de que así podía huir de la carta de Turner Klein que tenía en la mesa, en la que le preguntaba sin rodeos cómo iba con el panel que había accedido a hacer para incluir a Philip en el mosaico de homenaje a las víctimas del sida.* Había intentado no acercarse a aquel mosaico durante todo el verano, y hasta bien entrado octubre (había pensado que sería un homenaje de mal gusto, una especie de lápida hecha de masa de empanada). Lo habían convencido más o menos de que era mucho mejor que construir una estructura negra y resplandeciente idéntica al monumento de homenaje a las víctimas de Vietnam justo al lado, pero al final fue a Washington y descubrió que los dos mil paneles expuestos en el suelo del National Mall le afectaron de un modo extraño, a pesar de, o debido a, sus colores brillantes y sus formas artesanales. Aun así, no se desmoronó

* El mosaico lo ideó el activista LGTBI Cleve Jones en 1985. Su creación empezó ese mismo año y actualmente es una de las obras de arte comunitario más grandes del mundo.

hasta que él y Turner llegaron al monumento a las víctimas de Vietnam y tocó el nombre de Timothy Brinks Manning grabado en el gablo (con su estilo pedante, Henry le dijo a Turner, que estaba llorando a moco tendido, todo sobre el gablo, el magma, los granos anchos...). Pero cuando tocó el nombre de Tim, pensó en Philip y en Lionel y en Warren, las tres víctimas del sida que mejor había conocido, aunque Philip además había sido su amante. Turner, que estaba en la treintena, se puso un poco nervioso e insistente y no iba a dejarle pasar que no se ocupara de componer un panel para Philip, un panel lleno de palabras, algo sobrio, pensó, hecho con riguroso buen gusto, bordado en amarillo sobre negro. Lo que Henry no había resuelto aún era cómo hacerlo.

No había cuidado de Philip durante el último año —lo había hecho Turner, el último amante de Philip—, pero iba a visitarlos a Nueva York más o menos todos los meses y les enviaba dinero; seguía enviándole a Turner quinientos dólares mensuales.

Lo que estaba haciendo en la Universidad de Chicago era trabajo improductivo, porque no estaba haciéndolo en Europa, pero le proporcionaba una suerte de placer tenso. Hubo un papa, el malvado Inocencio III, que envió a Simón de Monfort a Béziers para que ejecutara a los cátaros en la catedral. Henry simpatizaba totalmente con los cátaros, y había pasado en coche varias veces por Carcasona y Narbona y los Altos Pirineos, reflexionado sobre ellos en Foix, Pamiers y Lavaur, donde una de las lideresas fue arrojada a un pozo y lapidada. Pero, por el papa Inocencio, Henry se había acordado de Geraldo de Gales, que se reunió con Inocencio en varias ocasiones para hacerse con un puesto en la Iglesia de Inglaterra y lograr, a ser posible, que Inocencio sancionara la independencia y la importancia de la catedral de San David en Gales, en lugar de la catedral de Canterbury. Geraldo (en realidad «Gerrallt») fracasó, pero, por curiosidad, Henry había consultado los muchos volúmenes de sus escritos, pensando que habría algún tema para un libro o una monografía. Había trabajado

en aquello de manera intermitente y perezosa, como un alivio de todo lo demás, pero, debido a Philip quizá, el pasaje que se le grabó en la memoria no trataba sobre la exhumación de los cuerpos de Arturo y Ginebra, los verdaderos Arturo y Ginebra, de la cripta de la abadía de Glastonbury en la década de los noventa del siglo XII. Lo que lo atrapó fue la conexión entre la defensa artúrica de Bretaña en el siglo VI contra la invasión de los ejércitos germanos y la plaga de Justiniano. Henry imaginaba a Geraldo, un hombre muy viajado que vivió hasta los setenta y muchos, como alguien no muy distinto a él: sano, activo, curioso, un hombre de la Iglesia que escribió sobre las personas que conoció, los animales que vio, los lugares que visitó. En todos sus años de fascinación por el lenguaje, las guerras y las invasiones culturales, Henry nunca se había identificado con nadie hasta que dio con Geraldo de Gales.

Nadie decía mucho sobre la plaga de Justiniano. Tuvo lugar en lo más oscuro de la Edad Oscura, pero era como mínimo igual de interesante que la peste negra. A Henry le resultaba sencillo imaginar a Geraldo, seiscientos cincuenta años más tarde, presente mientras extraían los restos mortales del famoso Arturo y su famosa segunda mujer. Geraldo debía de tener sesenta y pocos, y habría sentido repugnancia y fascinación a partes iguales ante los esqueletos vestidos con jirones mientras, quizá, reparaba en las joyas y las galas adheridas a los huesos, pensando: Ese es, así que, pasara lo que pasara hace mucho, aquí están, expuestos al sol de la era moderna, ¿cómo murieron, cómo fueron sus vidas? ¿Fue un tirano como lo fue Enrique Plantagenet? En 1191, Enrique llevaba muerto dos años, y habían pasado veinte años desde el asesinato de Thomas Becket. ¿Pensó Geraldo de Gales en todo aquello a la vez o no lo pensó en absoluto? ¿Pensó en ello como Henry pensaba en el asesinato de JFK, un emblema de su juventud? Y también era cierto que, si conducías cinco o seis kilómetros más allá de la Universidad de Chicago, llegabas a Avalon Park. Supuestamente, Arturo había ganado la batalla de Badon (¿era Bath?) y a su Bretaña la llamó Avalon, la isla de las manzanas

(de raíz indoeuropea, *ab(e)l*). Henry imaginaba a Geraldo dándole vueltas a aquellas ideas, yendo a las bibliotecas, haciendo preguntas.

Encontró sitio para aparcar.

Había dos ediciones de las obras de Procopio, el mayor historiador del reinado del emperador Justiniano: una edición antigua anterior a la Primera Guerra Mundial del *De bellis* (*De la guerra*) y una edición de *Historia arcana* (*Historia secreta*) que tenía unos cincuenta años. Henry supuso que la Universidad de Chicago podría prestárselos a la biblioteca de la Northwestern University —tampoco eran tan valiosos—, o, en cualquier caso, esta podría comprarlos en el mercado de segunda mano, pero, en realidad, disfrutaba con la sensación de que las bóvedas en abanico atrajesen su mirada al entrar en la biblioteca. La puerta se cerró tras él, dejando fuera el viento y el frío. Philip había obtenido su doctorado en aquella universidad, y sin duda había pasado horas y horas en aquella biblioteca, pero Henry nunca había ido a verlo allí.

Una plaga era una plaga, sea cual sea la infección. Eso era lo único que le interesaba a Henry a esas alturas; ni la amistad ni el amor ni las carreras académicas ni su propio progreso, solo la naturaleza de la infección y su paso por el mundo gracias a cosas que en su momento parecieron buenas ideas, como el almacenamiento de grano, el tráfico marítimo de una ciudad a otra, las rutas comerciales entre China e Irlanda, las conquistas, los ejércitos inmensos necesitados de comida o de algo que hacer. Comparado con la plaga de Justiniano (en Constantinopla murió el cuarenta por ciento de la población, una cuarta parte de la población mundial), el sida parecía muy poca cosa, un pestañeo de la mortalidad, ni siquiera a la altura de Philip, delgado como un cordel en su cama, dando sorbitos de agua y escuchando con avidez mientras Henry le leía un artículo de la revista *People* sobre una familia del norte de Florida que había conseguido una orden judicial para llevar a sus tres hijos hemofílicos y enfermos de sida a la escuela pública y a la que, acto seguido, le quemaron la casa. Por aquel entonces,

Philip ya no sentía lástima por los niños: vivieran lo que vivieran, sería más de lo que iba a vivir él. Lo que lo maravillaba y lo deleitaba eran las ideas del grupo de odio que amenazó a aquella familia antes de incendiarle la casa; pensaban que podías comprarte una crema tópica, como el protector solar, para proteger a tu hijo en caso de que un estudiante enfermo de sida lo tocara, tenían el cuartel general en la trastienda de un salón de belleza, afirmaban que solo los piojos del cuerpo superaban a los del pelo en su capacidad de transmisión (Philip se había reído tanto con aquella idea que Henry y Turner tuvieron que incorporarlo y darle agua para aliviarle la tos), y que los caballos fueron los primeros transmisores. Henry dejó de leer dos veces, pero Philip lo sujetaba del brazo con su zarpa moteada para que continuara. Entonces Philip se quedaba dormido, y Henry y Turner se sentaban en sillas a cada lado de la cama, observándolo. Seguramente, aquel fue el día en que la neumonía empezó a manifestarse, pero a Philip se lo veía espabilado, y Turner no le notó fiebre. Otra cosa que Henry recordaba era que Philip insistió en hablar en inglés británico hasta el final (quizá una de las últimas cosas que Henry le oyó decirle a Turner fue una corrección gramatical en el uso del subjuntivo).

Henry le pidió un pase al bibliotecario y subió al ascensor. ¿La plaga de Justiniano fue similar a la peste negra? En la literatura había numerosas descripciones de bubas purulentas y gangrena negra. ¿Todas las infecciones se cernían, terribles y gigantescas, tras los párpados cerrados de aquellos que las presenciaban, erupciones del color de los tomates, bultos del tamaño de naranjas, rostros cadavéricos, para que no las olvidaran jamás?

Joe salió temprano, antes de que los perros se despertaran y antes de que el termómetro alcanzara los veinticinco grados. Cuando abrió la puerta de atrás, se dieron la vuelta y se desparecieron en su perrera, y Rocky hizo un ruidito afable al

bostezar —Me alegro de verte, ¿y mi desayuno?—. Se levantaron meneando la cola y Joe los dejó salir. Trotaron hasta la linde del campo al este y empezaron a olisquear y a levantar las patas. Joe pensó que tendría que castrarlos en un par de días.

Según Russ Pinckard, el Gobierno tenía tres mil millones, o igual cuatro mil millones de bushels almacenados, así que una mala cosecha de maíz no le vendría bien a nadie, aunque de los granjeros sentados al aire acondicionado de la cafetería, por escaso que fuera, ninguno sabía cuánto había almacenado en realidad. Jeff Green, que llevaba los servicios de la NPPC* entre Denby y Usherton, se había fiado de las cifras del Gobierno para decidir cuándo comprar pienso, y al final el coste que había estimado fue cincuenta mil dólares más bajo. Jesse dijo que podías calcular la cantidad almacenada por las fluctuaciones de la Cámara de Comercio de Chicago, pero Joe opinaba que si las cantidades subían y bajaban como lo hacían los precios, entonces había de por medio ladrones o fantasmas que suministraban y retiraban toneladas de maíz cada hora del día. En cualquier caso, Jesse tuvo que reconocer la noche anterior durante la cena que los precios estaban cayendo porque los comerciantes estaban cubriéndose las espaldas.

—¿A eso es a lo que te dedicas? —dijo Lois, y Jesse asintió con aire de «Mamá no me digas lo que tengo que hacer».

Así que, al menos por el momento, Jesse apostaba a que una cosecha más pequeña provocaría una bajada de precios. Walter, el patriarca, el padre de Joe, el abuelo de Jesse, se habría sentido reivindicado. Aunque molesto.

Lois aseguró que o bien Dios proveería o que el castigo, de haberlo, sería justo. Aun así, ella también estaba almacenando: dos sacos de harina de veinte kilos, una caja de habas secas y dos de leche evaporada habían aparecido en el sótano esa misma semana. Se había unido a un grupo con sede en

* Siglas de National Pork Producers Council [Junta Nacional de Productores de Cerdo].

Wisconsin que guardaba las semillas de variedades antiguas de verduras y frutas, y estaba etiquetando y guardando meticulosamente las mejores semillas de su huerto; no solo tomates, pimientos, patatas de siembra y calabaza —que tenían justificación por el sabor—, sino también cebollas, remolachas, nabos, zanahorias y chirivías; aunque a Joe todo le sabía igual. A Joe, almacenar nabos le recordaba a los tiempos de la guerra. Lois nunca plantaría un híbrido en su huerto; ella seguía recogiendo nueces; seguía fingiendo que sus manzanos y sus perales eran todo sabor y tartas en potencia. Los cuidaba no solo con atención, sino también con plegarias.

Jesse tenía un mapa del suelo de la granja en su ordenador. Más o menos cada día, salía con sus medidores de humedad y temperatura y testaba varias muestras de suelo y las incluía en el mapa. Por eso sabía que en el campo de detrás de la casa, donde el suelo era más margoso, la humedad era un ocho por ciento mayor que en el campo del este, donde los perros estaban ladrando, donde el *opa* había guardado desde hacía mucho reses, ovejas y caballos, y durante décadas había volteado el estiércol. En la colina de detrás de la casa de Joe, que todos se habían preocupado de aterrizar por si acaso plantaban allí, se percibía a simple vista cómo el suelo pasaba de chocolate negro a caramelo; el polvo que el viento levantaba de la colina estaba seco como la arena, pero la soja de las terrazas más bajas posiblemente fuera a sobrevivir; aun así, Jesse la había mapeado. El mapa era interesante en sí mismo, y a Joe le gustaba mirarlo y recordar qué había pasado en este o aquel punto durante los últimos sesenta años. No todos los hechos habían mejorado el suelo, pero, le gustara o no, sí habían reforzado su apego a la granja. El salvador al que Jesse rezaba era Frank. No le pedía dinero (eso le recordaba a Joe que su madre siempre había dicho que nunca «se rezaba por los bienes, sino por el bien»), pero sí le pedía consejo. El último consejo, que Frank le dio por teléfono, el día anterior, desde donde fuese que él y Andy estuvieran pasando el verano, fue que vendiera la granja, cogiera el dinero, se mudara a Cedar

Falls y abriera una oficina de distribución de materias primas. Jesse se rio, Jen puso cara de susto y Lois dijo:

—Por Dios, ¡Cedar Falls! ¡Para eso nos mudamos a Milwaukee con Anne!

Joe pensó con un escalofrío en la idea de verse confinado en un jardín vallado con sus dos perros y tener que saludar a los vecinos veinte veces al día. Y si en Iowa el tiempo era complicado, en Milwaukee era peor.

El plan B de Jen era que todo iba a salir bien porque así había salido siempre. Era una optimista (el último pesimista de los Guthrie había sido el bisabuelo de Jen, Oliver, padre de Donald, que había ido al antiguo colegio con Joe y Frank). Aun así, Oliver había vivido hasta los noventa y cinco; los Guthrie lo veían como una demostración del poder genético del pensamiento positivo. Jen era una chica encantadora, y muy dulce, pero nunca habría almacenado nada en casa (pensaba que traía mala suerte y era de mala fe). El lema de los Guthrie era «Haz lo que quieras que todo saldrá bien». ¿Acaso no era Chispita el apodo de su segundo hijo? Y el tercero estaba en camino; Jen había ido en coche a Iowa City a finales de junio para hacerse una ecografía, y no le sorprendió saber que la pequeña Felicity estaba sana y que, con veinte semanas, ya se chupaba el pulgar.

Joe no sabía bien si a Minnie le preocupaba la sequía (listo, ya había pensado la palabra). Minnie se guardaba lo que pensaba para sí, sonreía cuando la mirabas y no decía gran cosa. Eso siempre hacía sentir a Joe que Minnie sabía más de lo que estaba dispuesta a compartir. Todos querían a Minnie, incluida Lois, que le tenía un poco de miedo (Minnie también le tenía un poco de miedo a Lois). Sin embargo, si sobreviviera el desastre, cualquiera que fuese, desde un pozo seco hasta el Juicio Final (algo a lo que el pastor Campbell le gustaba referirse), daba la sensación de que Minnie suspiraría y seguiría con lo suyo, tanto si iba al cielo como si no, y nada de ninguna de ambas experiencias la desconcertaría lo más mínimo.

Por su parte, Joe se apoyaba en los recuerdos. Sabía exactamente cuándo fue la última vez que hubo una sequía

tan mala como aquella: en 1936, el año en que su tío Rolf se ahorcó en el granero. Él tenía catorce años; Rolf tendría uno o dos años menos que su madre, Rosanna, y seguramente no había cumplido los treinta y cinco cuando lo hizo. Como Joe había cumplido sesenta y seis en marzo, ahora los treinta y cinco le parecían una edad sumamente temprana para rendirse. Pero recordó que por entonces a Rolf se lo veía muy viejo, muy desesperado, atrapado en la granja del abuelo Otto. En particular, recordaba al abuelo Otto quieto en el umbral del granero, gritándole al tío Rolf algo en alemán, agitando el brazo hacia los prados polvorientos y los maizales marchitos. ¿Qué culpa había tenido el tío Rolf, cuál había sido su error? Joe no sabía suficiente alemán como para entenderlo. La muerte de Rolf había ensombrecido el hecho de que aquel año, Walter, su padre, solo hubiera sacado 23 bushels por acre de maíz y 16 por acre de avena (aunque la avena la cultivaban sobre todo para consumo propio y para los animales; la avena y la paja los ayudaron a superar aquel invierno, aunque fuera por los pelos). Ese año, ya a principios de julio, los granjeros que alimentaban al ganado estaban hablando de venderlo (la cosecha de maíz podía ser un completo fracaso). Pero eso nunca había pasado. En 1953, el año en que empezó a gestionar la granja tras la muerte de su padre, Joe sacó 56 bushels por acre y quedó entusiasmado. Tres años atrás, él y Jesse estaban bastante orgullosos de los 126 bushels por acre (se habrían conformado con 110). Walter habría meneado la cabeza con incredulidad suspicaz: No vais a sacar por eso ni diez centavos el bushel, habría dicho. Y Rosanna habría dicho que era un consentido de mucho cuidado. Joe estiró el hombro izquierdo, se apretó con el pulgar derecho la zona que siempre le dolía y juró que ese día no le lanzaría a Rocky su pelota de tenis, aunque se la trajo y se la dejó a los pies. Joe le dio una patada; se alejó rodando. Rocky lo miró incrédulo, luego corrió tras la pelota. Snickers se había perdido entre el maíz polvoriento y se entretenía practicando la caza de ratas.

Joe cogió la pala pequeña que había junto a la perrera y entró; una caca en el rincón de atrás, la recogió y la lanzó a la maleza (la mierda de perro también tenía nutrientes). Luego llenó los cuencos de agua. Lois se había cerrado en banda a que los perros entraran en la casa por la noche, y nada de perros en el sofá nuevo, y nada de perros solos en la cocina desde el verano anterior, cuando dio la casualidad de que al volver del huerto vio a Snickers con las patas en la encimera y la boca llena de la tarta de zanahoria que había puesto a enfriar. Llamó a los perros y entró en la casa después de detenerse para darle la vuelta al termómetro que colgaba de la pared. Quizá aquel fuera el mantra que sostenía a Joe: cuanto menos lo pienses, mejor.

Cuando Riley se levantó para ir al baño, intentó no hacer ruido —si quería dormirse otra vez, tenía que pensar en algo indefinido como «blablablá» para no preocuparse por nada—, pero cometió el error de mirar por la ventana del baño y vio relámpagos al oeste. Se quedó mirando aquellos tenedores brillantes y silenciosos que parecían sistemas nerviosos de gigantes acechando sobre las cumbres. Aun así, no oía truenos, porque la tormenta estaba muy lejos. Se acabó el dormir. Entró en el salón de su casa de una sola habitación; al otro lado de la ventana delantera, que daba al pueblo, todo estaba en calma (solo luminosos reflejos ocasionales del drama que acontecía al oeste). Se sentó en camiseta en una silla, a esperar el apocalipsis. Pensó que no se alargaría mucho (ya estaba sucediendo en Yellowstone, donde habían ardido cientos de miles de hectáreas y los Servicios Forestales estaban muy lejos de controlarlo).

Esto fue lo que dedujo Charlie cuando se levantó, a las nueve y media pasadas, eso sí, y encontró a Riley sentada delante de la tercera taza de café. Charlie era muy dormilón. Le habían recortado el horario en la tienda por el fiasco de la temporada turística, y nadie hacía rafting porque los ríos estaban

muy bajos, pero él y Riley tenían ahorros de los dos últimos años, así que últimamente andaba un poco perezoso. La tele estaba encendida y también la radio. Riley tenía la necesidad de informarse sobre cualquier incendio descontrolado en el oeste. En cuanto Charlie dijo: «¿Por qué iba a haber...?», Riley echó la cabeza hacia atrás y puso los ojos en blanco a propósito del Servicio Forestal. A Charlie lo avalaba la experiencia. El Servicio Forestal llevaba años cagándola, sofocando todos los fuegos, por ley, antes de las diez de la mañana del día después de que se produjera. Pero habían cambiado de política. Ahora que el Servicio Forestal permitía que los fuegos con origen natural se extinguieran solos, limpiaban el sotobosque en lugar de permitir que se acumulara alrededor de la cepa de los pinos; pinos con doscientos cincuenta años en la última fase de su ciclo vital, que funcionaban como leña para el próximo rayo que cayera. No era seguro, pero ¿por qué esperar lo mejor? Con quemas controladas era perfectamente posible que los problemas se redujeran, en Colorado y en cualquier parte, sin que tuviese lugar un segundo Yellowstone. Y los pinares podrían reducirse con cuidado. Yellowstone fue una lección, merecida, pero bien aprendida también...

Riley saltó de la silla y llevó la taza al fregadero. Charlie no lo pillaba, por supuesto que no. Primero, el fuego de Yellowstone empezó cuando las condiciones meteorológicas hicieron que las quemas controladas se descontrolaran, y segundo, la actual sequía era un síntoma de lo que estaba por venir, de que el ecosistema estaba en mitad de un cambio irreversible.

Justo entonces, Charlie se centró.

—¿Qué ha pasado? —dijo.

Y ella le contó que había visto rayos caer. Él se recolocó los pantalones cortos. No estaba enfadado. Entendía que crecer en Stevens Point, Wisconsin, que tu abuelo fuera nativo americano y un artista de renombre que vivía en la reserva tribal de los menominee, donde tu madre había vivido hasta los doce años, y que en cuarto curso hubieras estudiado el incendio de Peshtigo era igual que crecer en San Luis y

estudiar el Compromiso de Misuri. Entonces Riley dijo la palabra, la palabra conflictiva: «Hansen». La palabra era conflictiva no para Charlie, sino para Riley. James o George Hansen o Hanson era un físico o un climatólogo que medía los cambios de temperatura en períodos largos tanto en la Tierra como en Venus. Según él, durante los últimos diez años se habían dado varios de los más calurosos desde que había registros. La incapacidad de Charlie para recordar los detalles era un problema subyacente entre ellos. Él sabía que Hansen había ido a la Universidad de Iowa. Como Charlie había estado y había cruzado Iowa City en coche en el trayecto de vuelta a San Luis, tenía Iowa en la cabeza. También había pensado en su nueva tía, Tina, en Sun Valley (justo el sábado, en la tienda, le había preguntado a Bob a cuánto estaba Sun Valley de los incendios y Bob le había dicho que creía que como a quinientos kilómetros al oeste o así, y eso era más seguro que estar quinientos kilómetros al este.

—Seguramente tendríamos que habernos quedado en Golden, pero... —Charlie se equivocó al decir aquello.

En Golden estaba el Instituto de Investigación Solar, pero la financiación había bajado de nuevo y a Riley le habían cancelado las prácticas en junio. Las excursiones de rafting habían sido tan lucrativas que decidieron que la opción más sensata desde el punto de vista ecológico era que Riley se mudara a Aspen, donde Charlie trabajaba en una tienda de material de aventura cerca de la empresa de rafting, y, entretanto, Riley buscaría otro trabajo. Riley había disfrutado con el senderismo y la acampada. Sin embargo, «Hansen» le producía la sensación, la certeza de que estaba perdiendo el tiempo. Y ya estaban a mediados de septiembre; los cursos de posgrado estaban a punto de empezar y no había echado la solicitud en ninguno.

—Pues sí —dijo ella—. No hay día que no me arrepienta.

Charlie no se había dado cuenta.

Pero, quizá si Riley no llevara levantada desde las tres de la madrugada, pensando en el apocalipsis, mirando al horizonte

desde la ventana del baño en busca de columnas de humo en el cielo de la mañana, no se habría fijado en el gesto de Charlie que decía: Ay, no seas irracional, un hecho aislado es lo que es, necesitamos más datos (no era eso lo que estaba pensando; estaba pensando: No puedo lidiar con esto si antes no me he tomado un café y algo de comer, igual la convengo para invitarla a desayunar fuera pese al presupuesto ajustado). A Riley le cambió el gesto, Charlie supo descifrarlo; decía: Revelación.

—Creo que hemos terminado, cielo —dijo luego en voz baja.

Y se levantó y se fue a la habitación. Charlie se fijó en la curva pálida de su muslo al abandonar el cuarto, el vaivén de su pelo medio rojo a la altura del cuello. Era su primera novia y no quería cambiarla. Era paciente (la mayoría de las veces), mansa, se había acostumbrado a él; Charlie la llevaba en coche a todas partes; probaba todo lo que ella cocinaba, también el tofu, también el té de ortiga; le encantaban sus pechos y sobre todo sus labios. La siguió a la habitación.

Charlie no había hecho la cama. Ella sí, por supuesto, y a la perfección. Su viejo maletón estaba encima de la colcha alisada.

—Me voy contigo —dijo Charlie.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer aquí?

—La temporada de esquí empezará tarde o temprano.

—Según tú, no.

—Charlie, qué gracioso eres.

—Creía que eso te gustaba.

—Me estoy haciendo vieja. —Tenía la cara tersa, sin arrugas; el pelo tupido. Aparentaba dieciséis.

—Tienes veintidós años —dijo Charlie.

—Aquí no estoy aprendiendo nada. Si solicito la admisión en el Servicio Forestal, me pondrán en un punto de observación de incendios en no sé dónde, y allí me quedaré escrutando el horizonte, y luego me haré amiga de un ciervo y de un zorro o dos, y dentro de diez años me despertaré y seré demasiado

vieja para dejar huella, y tendré que procrear y criar un niño para que deje la huella que yo no pude dejar.

—No puede ser una crisis tan...

Riley giró en redondo. Al hacerlo, su pelo se elevó.

—Sí que lo es —ladró.

—Te quie...

Lo cogió de la mano y tiró de él para sentarlo en la cama a su lado.

—Sí, Charlie, sí, y yo a ti. Pero ¿qué sentido tiene eso? Dí-melo tú. No vamos a tener hijos. Lo pasamos bien juntos y nos reímos un montón, pero ¿qué importa eso en el plano general? No creo en el amor verdadero ni en eso de estar hechos el uno para el otro. Creo que aprendes lo que puedes y sigues adelante. Tienes que conseguir algo.

—Yo quiero que consigas algo.

—Pues no intentes retenerme aquí.

Frunció el ceño y apareció una arruguita vertical. Charlie sabía que aquella arruga significaba que iba en serio.

—Reconoce al menos que aquí lo hemos pasado bien —dijo él.

Seguía con su mano entre las suyas. Riley intentó zafarla, la arruga se le marcó más aún, pero luego sonrió.

—Lo hemos pasado bien aquí —dijo.

—Entonces deja que te acompañe para que lo pasemos bien en otra parte. Mira. Tienes una vocación. Yo no, que yo sepa. Así que apoyaré la tuya hasta que la mía aparezca.

Aflojó las manos, ya no la tenía entre las suyas, y entonces ella le pasó el brazo derecho por la espalda y apoyó la cabeza donde la ponía cada noche cuando se quedaba dormida, justo donde el trapecio se encontraba con el deltoides, justo donde, decía ella, su «almizcle» invadía y arrollaba a sus quimiorreceptores. Suspiró derrotada.

—Vale —dijo.

—¿Adónde vamos? —dijo Charlie.

—Tenemos un año y como diez solicitudes para decidirnos —dijo ella. Luego—: ¿A Columbia? —Charlie hizo una mueca

al pensar en Nueva York—. ¿Harvard? —Charlie no se movió—. ¿Princeton? —Charlie se llevó las manos a los lados de la cabeza y puso una expresión a lo Edvard Munch—. ¿Woods Hole? —Charlie se encogió de hombros—. ¿St. Paul?

Solo entonces sonrió con ganas.

—Es usted inimitable, señor Wickett —dijo Riley.

—Madison podría ser una solución intermedia.

—Ya veremos dónde acabo metida —dijo ella—. Y cuál está más lejos de Stevens Point.

Regresaron a la cocina. En la radio sonó un clásico rock and roll y luego «First We Take Manhattan», de Leonard Cohen. De manera aparentemente inconsciente, Riley empezó a bailotear por la cocina. No dijeron nada de incendios en los alrededores. A mediodía, Charlie salió a comprar *The Denver Post*. No tardó mucho. Sin embargo, cuando volvió, Riley estaba sentada delante de la televisión con la mirada clavada en lo que resultaron ser unas imágenes del hotel Old Faithful, en Yellowstone, no del fuego, sino de sus consecuencias; personas contando que se habían quedado atrapadas en el tejado seguras de que iban a morir, que estaban viendo el fuego y que, de repente, tuvieron que correr a refugiarse, que las llamas se habían abatido en torno a ellos, que una bola de fuego había bajado por una loma a toda velocidad en dirección al hotel pero no lo había alcanzado. Todos estaban conmocionados, no había muerto nadie. Charlie no se movió hasta que terminó el reportaje. Riley estaba afectada; Charlie también. Pero si algo te daba un plan, por muy mal que pinten las cosas, era un camino. Por eso Riley se limitó a menear la cabeza.

—Dios, ¿cuándo va a terminar esto? —dijo.

Se pasaron la tarde sentados tranquilamente en su pequeño espacio de seguridad, sin decir mucho, y cenaron los macarrones con queso que habían sobrado.